

P. Kentenich

Ficha 1.2



EL VALOR DE LA
EXPERIENCIA FILIAL
PARA EL DESARROLLO
DE LA PERSONALIDAD

BENJAMÍN SUAZO

Schoenstatt Chile · 2021

EL VALOR DE LA EXPERIENCIA FILIAL PARA EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

Jesús nos dice:

¿Quién de ustedes, por más que se preocupe, puede añadir un poco más de tiempo a su vida? Si no pueden cambiar las cosas pequeñas, ¿por qué se preocupan por lo demás? Observen cómo los lirios crecen sin tener que trabajar ni hilar y, sin embargo, les digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. Si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, ¡cuánto más hará por ustedes, gente de poca fe!

Por tanto, no se angustien buscando qué comer y qué beber. Porque mientras los paganos de este mundo buscan angustiados todas estas cosas, el Padre de ustedes ya sabe que necesitan aquello. Pero busquen más bien su Reino y aquellas cosas se les darán por añadidura. No teman, pequeño rebaño, porque su Padre ha querido darles el Reino. (Lucas 12, 25-32)

El P. Kentenich nos dice:

Quien conozca al hombre contemporáneo, sabe que esta culpa y debilidad requieren reconocimiento y aceptación. Y aquí comienza la patología del hombre moderno: desea elevarse a sí mismo e instalarse en su trono.

¡Si hubiese dioses, no podría aguantar no ser dios!” (Nietzsche). Este ateísmo nos ha contagiado, cual más cual menos, a todos. El hombre que no reconoce la culpa y la debilidad que hay en él, no es sincero. Pero el hombre actual en su naturaleza aún posee la suficiente sanidad como para defenderse contra el autoengaño. Por esto: ¡Quitémonos la máscara! ¡No queramos siempre camuflar y justificar nuestras debilidades! (...)

Hacemos bien, por tanto, en ocuparnos de la virtud de la humildad; personalmente, acostumbro a decir del cultivo de ser *pequeños* ante Dios. Pero de un ser pequeño como medio para lograr la grandeza. Nunca exageraremos en el esfuerzo por la adquisición de esta virtud. (...)

“Porque era pequeña, se dice de María, “porque era pequeña ha agradado a Dios como ninguna otra” (cfr. Lc. 1, 48 ss.). Esta es una formulación clásica del estado de infancia espiritual. Desde luego, con respecto a ella, hemos de decir que su pequeñez y humildad no se fundan en la vivencia del pecado o de la debilidad normal tal como la conocemos nosotros. De ningún modo: la mera conciencia de su creatureidad es para ella un motivo profundo y profundísimo para experimentar su pequeñez.

El ser infinito de Dios quiere despertar en nosotros la profunda vivencia de nuestra limitación, de nuestra creatureidad y contingencia, de nuestra condición de criatura sujeta a la herencia del pecado original, y de nuestra condición de criatura manchada por los pecados personales. (Extracto de “Desafíos de Nuestro Tiempo”)

El papa Juan Pablo II, nos dice:

(...) Esta filiación es un don que proviene del Padre, como leemos en la primera Carta de Juan: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! (1 Jn 3, 1) (...)

4. También en la Carta a los Gálatas, Pablo se refiere al plan eterno concebido por Dios en la profundidad de su vida trinitaria, y realizado en la “plenitud de los tiempos” con la venida del Hijo en la Encarnación para hacer de nosotros sus hijos adoptivos: “Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Ga 4, 4-5). A esta “misión” (missio) del Hijo, según el Apóstol, en la economía trinitaria está estrechamente ligada la misión del Espíritu Santo, y de hecho añade: “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!” (Ga 4, 6).

Aquí tocamos el “término” del misterio que se expresa en Pentecostés: el Espíritu Santo viene “a los corazones” como Espíritu del Hijo. Precisamente porque el Espíritu del Hijo nos permite a nosotros, hombres, gritar a Dios junto con Cristo: “Abbá, Padre”.

5. En este gritar se expresa el hecho de que no sólo hemos sido llamados hijos de Dios, “sino que lo somos” como subraya el Apóstol Juan en su primera Carta (1 Jn 3, 1). Nosotros —por causa del don— participamos de verdad en la filiación propia del Hijo de Dios, Jesucristo. Esta es la verdad sobrenatural de nuestra relación con Cristo, la cual puede ser conocida sólo por quien “ha conocido al Padre” (cf. 1 Jn 2, 14).

Ese conocimiento es posible solamente en virtud del Espíritu Santo por el testimonio que Él da, desde el interior, al espíritu humano, donde está presente como principio de verdad y de vida. Nos instruye el Apóstol Pablo: “El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo” (Rm 8, 14). El Espíritu Santo “sopla” en los corazones de los creyentes como el Espíritu del Hijo, estableciendo en el hombre la filiación divina a semejanza de Cristo y en unión con Cristo. El Espíritu Santo forma desde dentro al espíritu humano según el divino ejemplo que es Cristo. Así, mediante el Espíritu, el Cristo conocido por las páginas del Evangelio se convierte en la “vida del alma”, y el hombre al pensar, al amar, al juzgar, al actuar, incluso al sentir, está conformado con Cristo, se hace “cristiforme”. (Juan Pablo II, Audiencia General, miércoles 26 de julio de 1989)

Reflexión:

La vivencia de una filialidad plena es parte de la madurez humana. En efecto, la madurez realiza plenamente todos los valores de nuestra naturaleza y nosotros somos naturalmente hijos. Hijos de unos padres, hijos de una patria, hijos de Dios Padre.

La filialidad nos pone en contacto con nuestras limitaciones. Los hijos aprenden de los padres, porque hay muchas cosas que ignoran; los hijos necesitan de la ayuda de los padres por su debilidad física, psicológica, moral y en todas las esferas de su vida.

El hijo necesita vivir estas limitaciones como algo normal, que reconoce, acepta y busca mejorar con ayuda de sus padres, abriéndose a su acción, consejo y apoyo. Todos estos elementos son parte de una vivencia normal de la filialidad. Esto es tan válido para el plano natural como para la relación con Dios Padre.

La vivencia filial se hace plena cuando está anclada en Dios a través de la fe. “El justo vivirá por la fe” (Heb. 10:38). La confianza en Dios debemos despertarla conociendo nuestras miserias -tanto culpas como debilidades- y entregándoselas íntimamente.

La plenitud de la filialidad no está en el reconocimiento de la debilidad, pero tiene aquí su inicio. En efecto, la debilidad humana, muy propia y natural a la infancia, cuando es herida, suele bloquear nuestra apertura a la paternidad. Se instala, con ello, una actitud -muchas veces no consciente- de defensa y un modo de desarrollar la vida cuyo único punto de apoyo es el yo. Por lo mismo, la experiencia de filialidad, que trae muchas bondades concretas para la vida, nos permite alcanzar la libertad de los hijos de Dios, desarrollándonos de una manera no defendida y centrada en el don -de otro y hacia otro-.

No defenderse, permite mirar con objetividad la propia vida, para luego hacerse cargo de todos los aspectos “caídos” de nuestra personalidad. San Ireneo decía que “lo que no es asumido, no puede ser redimido”. Si invertimos el orden, podemos decir que lo que es asumido, puede ser redimido y esta redención engendra confianza en nuestro interior. Es la experiencia de ser ayudado por un amigo; mientras la ayuda sea más profunda y tenga efectos más concretos, más confiado y agradecido estaré de mi amigo.

Ahora bien, si el no-defenderse es el principio de la filialidad, el fin es la participación del hijo en la vida del Padre. Esta participación nos permite movernos cotidianamente no sólo según nuestro sentido humano, sino verdaderamente por el Espíritu que nos inspira. Este Espíritu es enviado por el Padre a través del Hijo. Participando de la Trinidad, nuestra vida puede divinizarse, llegando a vivir una vida muy superior y feliz a la vida meramente natural.

La filialidad es un camino de madurez. Se desarrolla al igual que cualquier organismo vivo. Pidámosle al Padre Dios que nos regale gozarnos en la experiencia de pequeñez, como el grano de mostaza, y nos enseñe a recorrer este camino hasta la madurez de la fe, sin descanso, para que nuestra confianza en Él llegue hasta las últimas raíces de nuestra personalidad. Pidámosle también que siendo padres para otros podamos amar más a quienes nos rodean, a imagen del árbol de mostaza al cual llegan a cobijarse los pájaros del cielo.

PREGUNTAS PARA MEDITAR Y LUEGO COMPARTIR

1. ¿Cuáles son las principales culpas, debilidades y limitaciones que experimento en mi interior?
2. El reconocimiento de mis culpas, limitaciones y debilidades, ¿Es un proceso meramente intelectual o logro experimentar afectos como arrepentimiento, tristeza, impotencia, vergüenza, etc.?
3. ¿De qué manera suelo enfrentar mis propias dificultades? ¿He hecho parte a otros de ellas (familiar, amigo, sacerdote, profesional)?
4. ¿Qué lugar tiene Dios en mi propia experiencia de culpa, debilidad y limitación? ¿He podido descansar en su comprensión y ayuda? ¿He podido experimentar la redención concreta de aspectos “caídos” de mi personalidad?
5. ¿En este momento de mi vida, en qué circunstancias concretas creo que puedo ser fuente de cobijo para otros?



SCHOENSTATT
Chile



BENJAMÍN SUAZO

Psicólogo clínico y profesor universitario

Movimiento Popular y de Peregrinos